

PRIMERA PARTE.

NOVIEMBRE 1486

I.

Cuando descubrió sus orígenes Chacón rondaba los treinta años de edad, más lejos de irsele apagando los ardores de la juventud pareciese que el pasar del tiempo le fuera añadiendo mayores calenturas, dotándolo de mejor habilidad en las cosas del amor.

Habilidades que añadir a su gesto risueño, aunque de él no desapareciese la mueca de amargura, enmarcada en unos labios sensuales, barbilla firme y nariz aguileña que daban a sus facciones cierto aire de nobleza.

Amaneció por uno de los recodos del camino de Hita. Como una silueta a lomos de su mula. Vistiendo calzas divisadas, una en verde y la otra de color bermellón. Con la bragueta sobresaliendo en la entrepierna y cubriendo los hombros con una sobrepelliz de piel de cabra que lo protegía del frío. No resultaba excesivo para lo avanzado de la estación a pesar de que, días atrás, las primeras nieves tiñeron de blanco los altos picachos de la sierra, cuando apenas hacía una semana que lo cruzaron las grullas en su ruta migratoria.

Se adivinaban al final del horizonte los crestones de la Cordillera con el manto níveo presagio del vecino y crudo invierno de Castilla.

Hasta la mitad, las faldas del Ocejón se mostraban cubiertas por la capa de armiño que, de seguir los cielos rasos apuntándose de rayos tibios, no tardarían en desaparecer bajo el influjo cálido del sol.

Aceptaba que nació para ser un perdedor a pesar de que, mejorando su mala fortuna, tuvo suerte a lo largo del trayecto desde Zaragoza a las proximidades de Guadalajara, como anteriormente desde La Provenza y La Gascuña, en tierras de Francia, hasta Zaragoza.

Al iniciar el camino hacia la capital de los Mendoza, a las mismas puertas del Aljarafe de Aragón, le advirtieron que, por cada uno de los montes por los que discurría, entrando y saliendo en lo boscoso de las arboledas, capitaneaba un reyezuelo de ladrones despóticos y huidizos, dispuestos al asalto de los timoratos caminantes que, como él, se aventuraban a hacerlo en solitario, mientras que los trajinantes aguardaban a las puertas de cualquier villa o ciudad la compañía de los avisados compañeros de mercancía con quienes hacer frente a la imprevista algarada de bandoleros.

En las Cortes de Madrigal de 1476, los procuradores, atendiendo al llamamiento real, hablaron de los robos, asaltos y muertes, pidiendo la creación de hermandades para la defensa de ciudades y villas, todas ellas unidas en una hermandad general, la Santa Hermandad, cuyo objetivo era el de perseguir y acabar con los asaltos en los caminos, con los robos y con las muertes.

Sin embargo todavía eran muchos los delincuentes que escapaban a la justicia y se guarecían al abrigo de los montes, acechando el paso junto a los caminos.

-La fortuna me protege y será mi compañera -argumentó ante los malos presagios, consciente de que al fin la suerte se encontraba de su lado.